

Ath, y de Smits, de Alost, dieron en Paris fe y testimonio de la gran vitalidad de este ramo tan importante del trabajo nacional de Bélgica.

JOYAS Y ESMALTES.

Las secciones de la joyería en la Exposición de 1889, deslumbraban. Junto al soberbio espejito de mano, con el marco de oro cincelado, expuesto por Boucheron, admirábase el puño, trabajado por Mollard, de la espada de honor ofrecida por los chilenos á su compatriota el Almirante Lynch, el vencedor de Chorillas, de Chimbole y de Miraflores:

La deliciosa estatuita de marfil, Pandora, exhibida por Vever, ligeramente apoyada en una columna de lápiz-lázuli, sobre la cual se encuentra la famosa caja, primorosamente cincelada en oro, producía, por la admirable y armoniosa combinación del lápiz y del jaspe, del oro y del esmalte, un efecto encantador:

El soberbio busto "Gallia," magistralmente esculpido en marfil por Moreau Vauthier y montado en oro con una habilidad y un buen gusto extraordinarios, por Falize:

Las soberbias joyas de teatro presentadas por Gutperle, que con tanta habilidad artística ha sabido realzar la belleza de las alhajas de la Edad Media y del Renacimiento;

Y las preciosas flores en oro esmaltado, en que no tiene rival Tiffany, de Nueva York, y los magníficos frascos para perfumes, de cristal labrado y con el arte más exquisito montados en oro afilegranado y en pedrerías, en que es también el soberano el mismo Tiffany, brillaban en aquel Certamen, junto á las hermosas alhajas de oro de Fouquet, en las que las quimeras, las esfinges y las graciosas creaciones de la fábula, lucían sus formas delicadamente esculpidas.

La Exposición consagró para el porvenir la más absoluta independencia, la más completa división de trabajos entre los joyeros y los plateros.

En los antiguos tiempos, como dice un elegante escritor y gran artista francés, L. Falize, "el platero no era únicamente el operario que adornaba la mesa y el altar; era al propio tiempo el inventor, el modelador, el fundidor, el creador en fin, en una palabra, de las preciosas estatuitas y de las adorables fantasías que son la gloria de nuestros más grandes museos.

"Labraba las piedras preciosas; esculpía el marfil; fundía y cincelaba los metales; grababa los camafeos; montaba joyas; acuñaba medallas, y era, en fin, de notable habilidad para

“ todos los oficios artísticos. Era el gran inde-
 “ pendiente, el inventor por excelencia y el ar-
 “ tista de fantasía inagotable. Fué el autor pri-
 “ vilegiado de todas esas maravillosas obras
 “ maestras que se admiran en la galería de
 “ Apolo, en Windsor, y en Madrid, en Viena
 “ y en Dresde, y en Munich y Florencia y San
 “ Petersburgo.

“ El platero moderno—sigue diciendo Falize
 “ —es Christoffe, el gran jefe de fábrica, que
 “ dispone de poderosas máquinas, transforma
 “ el mineral en barras, hace girar sus lamina-
 “ dores con el vapor y produce 5,000 cubiertos
 “ al día. El poseedor de grandes baños de pla-
 “ ta; que fabrica en cobre galvánico estatuas
 “ colosales y se complace al mismo tiempo, ayu-
 “ dado por Mercier, en producir una estatuita
 “ encantadora y elegante de marfil, vistiéndola
 “ con oro y colocándola sobre un zócalo de pla-
 “ ta de cinceladuras delicadas.” Esa obrita pri-
 “ morosa es el resultado feliz de la colaboración
 “ de un gran artista, Mercier, y de un gran in-
 “ dustrial, Christoffe; es el arte industrial sober-
 “ bio y rico del fin del siglo XIX.

Son incontables las maravillas artísticas
 exhibidas también en la Exposición, enfrente de
 las obras delicadas y llenas de distinción de los
 grandes joyeros, por esos industriales progre-

sistas que en los países más adelantados rivali-
 zan con el notable Christoffe.

Pues bien, los joyeros belgas y los industria-
 les de aquel país que se consagran á la platería
 artística, no se quedan por cierto atrás. Y nada
 más natural, puesto que desde 1301 en que Fe-
 lipe el Bello hizo su solemne entrada en Brujes,
 la reina su esposa no pudo contener un movi-
 miento de despecho, al contemplar la cantidad
 de alhajas y de pedrerías con que estaban ador-
 nadas las mujeres del país.

Poco después, en 1313, hubo allí fiestas pú-
 blicas en las que los particulares y las corpora-
 ciones maravillaron á sus contemporáneos, por
 la extraordinaria riqueza de sus joyas.

Los plateros de Brujes, de Gante y de otras
 ciudades, adquirieron más tarde una reputación
 tal, que no tuvieron rivales en Europa. Dice el
 Sr. Ryziger, Presidente de la Clase 37 de la
 Exposición belga, que “la influencia de la casa
 “ de Borgoña contribuyó mucho al notable des-
 “ arrollo de la platería artística. Era grande
 “ allí la profusión de joyas cuando Felipe el
 “ Bueno adornaba el terciopelo negro de sus
 “ mantos con verdaderos ríos de brillantes,
 “ siendo, además, bien conocida de todos la his-
 “ toria del gran diamante y de las numerosas
 “ pedrerías del famoso Carlos el Temerario.”

Y como antigua y gran reputación obliga, Bélgica ha debido conservarse, y se ha conservado, en efecto, á la altura de los países rivales en esta rama de la industria artística.

Por su perseverancia y la perfección de sus artefactos sostiene honrosamente la gran competencia extranjera, para lo cual tiene que luchar con graves dificultades del orden fiscal, porque en Bélgica entran libremente las alhajas del exterior, en tanto que las joyas belgas son gravadas con fuertes derechos á su importación en muchos países.

A pesar de todo, los activos industriales belgas han vencido todas esas dificultades, desarrollado sus relaciones y adquirido, gracias á la excelencia de sus productos, nuevos é importantísimos mercados de consumo.

Pocos fueron, sin embargo, los joyeros de Bélgica que tomaron parte en el Certamen de París, y á excepción de las soberbias instalaciones de los diamantistas, de que pronto deberé ocuparme siguiendo el programa que me he trazado de dar una idea de los principales de aquellos artefactos que podríamos comprar en México con gran ventaja, por su moderado precio, á los industriales de Bélgica, no sería exacto el juicio que se hubiera formado en París, al examinar aquellas exhibiciones, de la notable

joyería, tan justamente afamada, de los artistas belgas.

Los esmaltes.

Los fabricantes de Bélgica, de los que hay muchos consagrados al esmalte, en el que han llegado á adquirir una gran perfección y una fama en consonancia con su habilidad, puede decirse que no concurrieron á la Exposición de 1889.

Tan sólo Wilmotte é hijo, de Lieja, expusieron algunas de sus mejores producciones, entre las cuales sobresalía una preciosa Cruz, cuyos esmaltes estaban ejecutados con tonos en tan perfecta armonía, que denotaban en su autor los más profundos conocimientos y el más artístico y delicado gusto.

Fué verdaderamente sensible que no hubieran acompañado á Wilmotte todos los demás grandes industriales de Bélgica, que han mantenido siempre á gran altura y desde muy antiguo ese arte simpático del esmalte, que es para el decorado de los metales lo que los colores para toda ornamentación.

Contemplando en las iglesias de Bélgica las maravillas que poseen en artísticos esmaltes de todas las épocas, es como llega á percibirse fácilmente el alto grado de perfección que han

alcanzado los belgas en esa preciosa aplicación del arte á la industria humana.

Hablando de ella, de los esmaltes, que son su pasión, dice el notable artista y distinguido escritor francés L. Falize: “Mezclad rubíes, esmeraldas y zafiros, amatistas y topacios sobre la placa de oro grabada con mayor delicadeza, y habréis armonizado las mágicas luces de la roseta de una catedral gótica, con la pureza del dibujo y la perfección del modelado de una artística medalla. Habréis fabricado esmaltes, para cuya larga y delicada operación son necesarios un gusto exquisito, una seguridad de mano y una paciencia difíciles de encontrar en el más hábil miniaturista.”

Pues bien, esas brillantes cualidades caracterizan á los esmaltadores de Bélgica, y bien lo demostró en Paris Wilmotte, el único que los representó y que tomó parte en aquel combate de la inteligencia y del buen gusto, en que reinaron como soberanos los grandes esmaltadores franceses; Khlebnikoff, de Moscow, y Tiffany, de Nueva York.

En la bellísima exhibición de este último se admiraban los esmaltes, aplicados en pasta sólida y con tonos violados, blancos y azulosos, colores de iris, de lirios y de orquídeas. Era encantador el efecto de esas coloraciones distin-

guidas, armonizándose suavemente con las cinceladuras oxidadas, las superficies redondeadas de la plata pulida y las formas raras de las más preciosas flores.

En la Sección francesa encantaban: la hermosa placa de Falize, grabada en bajo-relieve y esmaltada de mano maestra, representando las coronaciones de la Virgen María, de Esther y de Betzabé; el Dragón de oro esmaltado que se enlaza en un vaso de cristal, de Boucheron, trabajo de joyero y de esmaltador, de gran carácter artístico; y por último, porque de otro modo sería cuestión de no acabar nunca, el famoso Pierrot de Autran, en el que el juego de los colores blanco y negro y el brillo del esmalte daban la impresión de una verdadera obra de arte, original y encantadora.

Y ya que los esmaltadores belgas se abstuvieron de concurrir á aquel Certamen, y que sólo he tratado en este informe de enumerar las principales industrias artísticas en que ocupan lugar honroso las producciones de aquel país, porque su importación en el nuestro, dada la gran baratura en general de la fabricación belga, podría ser altamente benéfica para nosotros y desarrollar las relaciones entre ambos pueblos, recordaré aquí para concluir, otro traba-

jo en que sobresalen los belgas, el de la talla de

Los diamantes.

En efecto, en 1476, en Brujes, Luis de Berquem inventó el arte de pulimentar los diamantes con el diamante mismo, y fué el primero que los labró con facetas regulares, citándose como su obra maestra los tres grandes y célebres diamantes de Carlos el Temerario.

Berquem establecióse en Amberes, que gozaba ya de una gran reputación por sus lapidarios de rubíes, y de allí salieron, con motivo de los trastornos del siglo XVI, excelentes obreros que fueron á radicarse en Amsterdam, que se convirtió desde entonces en rival de Amberes, en la industria de los diamantes.

Pero no por eso decayó sino mucho después, y sólo temporalmente, la prosperidad de los diamantistas de Bélgica, quienes después de vencer las graves dificultades con que tropezaron en la época de la revolución y de la invasión francesas, han visto renacer los buenos tiempos de su industria y la universal reputación de sus lapidarios.

En la época del descubrimiento de los famosos criaderos del Cabo de Buena Esperanza recibió un gran impulso la industria por excelencia

de los habitantes de Amberes, y los lapidarios experimentados llegaron á ganar por término medio mil francos á la semana.

Es cierto que con motivo del rápido crecimiento del número de obreros, bajaron en proporción los salarios, pero todavía los hábiles lapidarios ganan de 200 á 500 francos por semana.

Amberes puede, con razón, vanagloriarse de haber perfeccionado la talla del diamante, que tan considerablemente acrece el brillo de esta piedra, multiplicando sus fuegos con la regularidad de las carillas. Hoy se sabe redondear graciosamente á la más dura de las piedras, aumentando su valor de un modo extraordinario, y en la especialidad de los grandes brillantes sobre todo, Amberes ha llegado á conquistar una reputación universal.

Hay allí, por lo menos, según datos del interesante informe del Sr. Ryziger, cincuenta talleres de esa industria, que emplean 35,000 obreros, y el capital, según el mismo publicista, empleado allí en todo lo que se refiere al comercio de los diamantes, puede estimarse, al año, en cuarenta millones de francos.

Un gran número de negociantes turcos, rusos y polacos, se ha establecido en aquel puerto consagrándose á este comercio, y los primeros,

muy particularmente, al de los diamantes rosas, llamados de Brabante, que son también una especialidad de Amberes.

No alcanzarían ni el tiempo ni el espacio de que puedo disponer, para citar aquí á todos los grandes industriales belgas que tanto han contribuído al perfeccionamiento de esta industria artística. Mencionaré, pues, únicamente á los Sres. Coetermans, Henrichs y Leandro Latinié, quienes, después de haber obtenido el diploma de honor en la Exposición universal de Amberes, en 1885, supieron llamar, y con justicia, la atención en el grandioso Certamen de Paris.

Las incontables preciosidades exhibidas por estos industriales; el soberbio escudo que presentaron de las armas de la República francesa, primorosamente ejecutado con dos mil diamantes, y que en la noche, al brillar la luz de Edison, fulguraba como un incendio de chispas incomparables de todos los colores, y el gusto artístico, la rapidez y la perfección de los trabajos que hacían sus lapidarios, á la vista del público, demostraron los inmensos progresos y la gran vitalidad de esa industria belga. Y eso que era indispensable un esfuerzo supremo para brillar en este ramo en la Exposición de Paris.

Porque allí se encontraba, en los parques, un

gracioso pabellón en que los hermanos Boas, de Amsterdam, labraron también ante el público, y con gran perfección, una infinidad de rosas y de brillantes.

Porque en la Sección americana se admiraba uno ante las originales y artísticas producciones del célebre Tiffany, y sobre todo, porque en la Sección francesa, la imaginación inagotable del obrero parisiense, ese obrero artista por excelencia, encantó á los visitantes con el buen gusto incomparable con que supo exhibir sus brillantes pedrerías.

El precioso collar de diamantes expuesto por Fouquet; las hermosas instalaciones de Vever y de Boucheron, en las que todo era delicado, soberbio y de buen gusto; el famoso brillante de 180 quilates, rival del Ko-hi-nor y del Regente, que deslumbraba allí á la multitud; el collar de la Reina María Leckzinska con el famoso "Sancy;" aquel inmenso centelleo, en fin, de luces refulgentes de todos los colores, causaba la sorpresa y la admiración, por su artística grandiosidad.

Y los anillos de diamantes ligando nudos de terciopelo; y los collares de perlas y de brillantes en un mismo hilo, idea original y de buen gusto, de la que dice Falize que merece el elogio más completo; "haber unido esa irradiación lu-

“minosa con aquella suavidad opalina encan-
 “tadora, haber hecho la combinación de esos
 “elementos antitéticos, y haber armonizado
 “aquella riqueza de los mares, con el esplendor
 “de los continentes;” y aquellos encajes dia-
 “mantinos, por último, tan bellos como perfecta-
 “mente ejecutados, todas esas obras maestras
 realzaban en aquella Exposición la inagotable
 habilidad y el buen gusto característico de los
 dibujantes, de los joyeros y de los diamantistas
 franceses.

Tal era la Sección de las pedrerías en 1889
 en París, y antes de dar por concluída esta so-
 mera y brevísima descripción de las más im-
 portantes industrias artísticas de Bélgica, y de
 la industria por excelencia de Amberes, la ta-
 lla del diamante, pidamos su bien cortada plu-
 ma al artista L. Falize, para insertar aquí el
 cumplido elogio que hace de la piedra más
 hermosa de la Tierra:

“Los diamantes son inmutables. Todos los
 “productos manufacturados desaparecen; están
 “destinados á cambiar de forma más ó menos
 “pronto, y los edificios mismos se derrumban
 “ó son reemplazados por otros. Tan sólo esa
 “piedra deslumbradora, el diamante, permane-
 “ce intacta, conservando sus bellísimas luces.
 “Se la hace saltar de su montadura antigua pa-

“ra adornar con ella las joyas más artísticas y
 “del gusto moderno. Pasa de la madre á la
 “hija y de la Reina á la simple dama. Trans-
 “mítese intacta, y viaja de las minas de Gol-
 “conda ó de los Campamentos del Cabo ó del
 “Brasil á los talleres de los lapidarios belgas
 “ú holandeses, y á los mercados de Londres y
 “de París. Es un lujo ó una economía; el do-
 “te de una novia ó la corona de un Rey. Pro-
 “duce en ocasiones la alegría, y en otras pare-
 “ce una lágrima cristalizada, que recuerda los
 “dramas de la historia, como el famoso Sancy,
 “el diamante de Carlos I y del infortunado
 “Luis XVI.”

RESUMEN.

BÉLGICA Y MÉXICO.

He procurado dar una idea, ó más bien di-
 cho, traer de nuevo á la memoria los intelligen-
 tes y grandes esfuerzos que constantemente rea-
 liza el simpático país de los belgas, bajo la
 progresista administración del jefe actual del
 Estado, tanto para perfeccionar las produccio-
 nes de sus numerosas industrias, cuanto para
 darlas á conocer y, por lo mismo, hacerlas esti-
 mar del mundo entero.

Aquel pueblo industrial y trabajador por